

Dios le habla a Noé

“Pongo mi arco en las nubes para que sea una señal de mi alianza con toda la tierra”. **(Génesis 9, 13)**

En el relato de Noé, Dios envía un diluvio a la tierra para destruir a la humanidad, que se había alejado de él. Pero Dios perdona la vida a la familia de Noé, un hombre justo, así como a dos de cada especie viviente. Noé construye el arca y se sube a ella a salvo con su familia y todos los animales. Pronto, la lluvia inunda la tierra; luego, el agua baja y el arca se posa en tierra seca. Dios hace un pacto con Noé colocando un arco iris en el cielo. Es la alianza entre Dios y toda la humanidad.

La historia de Abraham

“Aquel día Yavé pactó una alianza con Abram diciendo: ‘A tu descendencia daré esta tierra’”. **(Génesis 15, 18)**

“Yo estableceré mi alianza contigo y te multiplicaré más y más” **(Génesis 17, 2)**

Abram (a quien después Dios llamó Abraham) vivió alrededor del año 1800 a.C. y es considerado el padre de los creyentes. Dios llama a Abram para que abandone su país, donde se adoraba a falsos dioses, y para que viaje hacia un nuevo hogar: la Tierra Prometida. Dios le promete una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo. Como signo de su nueva misión, Dios le da un nuevo nombre: Abraham.

La historia de Moisés

“Y Yavé les dio a conocer su Alianza, en la que les ordenó observar sus diez mandamientos, y los escribió en las dos tablas de piedra”. **(Deuteronomio 4, 13)**

“Entonces Moisés tomó la sangre con la que roció el pueblo, diciendo: ‘Esta es la sangre de la Alianza que Yavé ha hecho con ustedes, conforme a todos estos compromisos’”. **(Éxodo 24, 8)**

Los descendientes de Abraham no se quedan en la Tierra Prometida, sino que van a buscar una vida mejor a Egipto. Pero allí, el faraón los convierte en esclavos. Hacia el año 1270 a.C., Dios, a través de su profeta Moisés, permite que su Pueblo Elegido escape cruzando el Mar Rojo en dirección al Sinaí. Permanecen en el desierto 40 años. Moisés recibe las Tablas de la Ley (el nuevo signo de la alianza), que contienen los Diez Mandamientos. Moisés rocía el altar y al pueblo con la sangre de la alianza como signo de su alianza con Dios. (En la Biblia, la sangre simboliza el don de la vida).

Dios le habla a Jeremías

“Ya llega el día, dice Yavé, en que yo pactaré . . . una nueva alianza . . . pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones”. (Jeremías 31, 31. 33)

Cerca del año 620 a.C., el profeta Jeremías anuncia que, pronto, su amada ciudad de Jerusalén será capturada y destruida. El pueblo lo perderá todo: su tierra, su templo, su rey. Jeremías dice al pueblo de Dios que el amor de Dios es un tesoro que no puede perderse como los bienes materiales. Jeremías se parará en medio de las ruinas para proclamar el amor de Dios y la nueva alianza que Dios mismo inscribirá en los corazones de su Pueblo.

Jesús

“Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes”. (Lucas 22, 20)

Al presentar la copa llena de vino a sus discípulos en la Última Cena, Jesús les ofrece entrar en una alianza nueva y definitiva. Mediante su amor incondicional y el don de su vida, Jesús conecta a la humanidad con Dios salvándonos del pecado. Él es el Cordero de Dios, a quien recordamos y exaltamos en cada Misa. Jesús es a la vez el cordero sufriente anunciado por el profeta Isaías, el Cordero de Dios revelado por Juan el Bautista en el Río Jordán, y el que nos promete la vida eterna a través de la Cena del Cordero. Su Preciosa Sangre es una promesa de vida eterna.

La Carta a los Hebreos

“Que los bendiga el Dios de la paz que rescató de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor, Pastor Supremo de las ovejas por haber derramado la sangre de la Alianza eterna; que les haga adquirir todo lo que es perfecto, para que así cumplan su voluntad . . . por Cristo Jesús, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”. (Hebreos 13, 20–21)

Esta carta, escrita como homilía a las primeras comunidades cristianas, presenta a Jesús como el sumo sacerdote de la Nueva Alianza. Dios, que en el Antiguo Testamento podía ser visto como un Dios rápido para enojarse, es ahora el Dios que da la paz. El autor aclara el Misterio Pascual (la Muerte y Resurrección de Jesús) proclamando que Cristo se ofreció a sí mismo como sacrificio, pero de una forma distinta a como lo hacían los sacerdotes del Antiguo Testamento. Dios nos salvó del pecado y de la muerte mediante la Resurrección de Cristo. Con ello, Jesús se convirtió en el mediador perfecto entre Dios y la humanidad. La Sangre de la nueva y eterna alianza nos ha sido dada para compartirla en cada Eucaristía.